PQ 6526
.G83 F5
Copy 1

¡UN FIN TRÁGICO!

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA,

DE

MARIANO GUILLEN Y MESA.

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ EN LA HABANA
con extraordinario éxito,
en el teatro del Circo de Variedades.

HABANA.
IMPRENTA Y LIB. "EL IRIS," OBISPO 20 Y 22.
1867.

1/2

¡UN FIN TRÁGICO!

COMEDIA EN UN ACTO Y EN PROSA,

DE

MARIANO GUILLEN Y MESA.

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ EN LA HABANA
con extraordinario éxito,
en el teatro del Circo de Variedades.

HABANA.
IMPRENTA Y LIB. "EL IRIS," OBISPO 20 Y 22.
1867.

PQ6526
G82T5

238221

E.P.T.
7-6-24

PERSONAJES.	ACTORES.
Dª BÁRBARA, (Tia de).....	Dª Dolores Leon.
MERCEDES.....	„ Amelia Armenta.
D. ANTOLIN.....	D. José Robreño.
CÁRLOS.....	„ Eduardo Gónzalez.
D. SAMUEL.....	„ Eusebio Miguel.
SILVESTRE MOSTRENCO (Portero).....	„ Joaquin Robreño.
UN CRIADO.....	„ N. Perez.

LA ESCENA ES EN LA HABANA.

Al Sr. D. Diego Garcia Noguera,

JEFE DE ADMINISTRACION CIVIL, SECRETARIO DEL GOBIERNO POLITICO DE LA HABANA, &ª &ª

Plagiando conceptos, apiñando hechos muy comunes en nuestra sociedad, y consultando opiniones autorizadas á cuyo frente se halla la de V., he arreglado este juguete que no tiene de bueno mas que el nombre de la persona á quien le dedico.

Debo á V., mi buen amigo, atenciones sin número, consejos paternales y una amistad síncera, y, por lo tanto, es el único que debe apadrinar este mi mal trazado y primer trabajo.

Aceptándole, tendrá ya un mérito, considerándose con esto muy honrado su affmo. amigo

Q. B. S. M.

Mariano Guillen y Mesa.

HABANA, 30 DE MAYO DE 1867.

ACTO UNICO.

El Teatro representa un cuarto medianamente amueblado, al fondo la puerta de entrada, otras dos á la izquierda del espectador que corresponden la una á una segunda escalera, y la otra á un gabinete: este último tiene una ventana con reja saliente á la derecha, otra puerta con vidrieras que se supone ser la habitacion de las señoras. En la escena debe haber un velador: á la derecha y á su lado un sillon, y á la izquierda un secreter ó papelera con libros, hojas sueltas, periódicos etc.

ESCENA I.

Aparece Silvestre con una escoba en la mano y sobre el hombro un paño blanco del que se sirve de vez en cuando para limpiar los muebles.

SILV. Pues señor, ya tenemos nuestra habitacion alquilada otra vez, y en verdad que las dos señoras que la han tomado no parecen costal de paja, sobre todo la mas jóven..... á la mas jóven era yo capaz..... en fin, vamos al avio y limpiemos estos trastos que bien lo necesitan. (*Da una sacudida con el paño y vuelve á emprender la limpieza.*) ¡Qué magnífico es esto de ser á la vez portero y propietario de una casa de huéspedes! Las ganancias que uno saca de estos dos importantes cargos compensan los trabajillos que se pasan. Eso sí, desde buzon de correo hasta ministro plenipotenciario recorre uno los destinos de la escala social: y sobre todo, cuando viven en la casa señoritos como el que habita este cuarto, relacionados con la nata y flor de los usureros. En-

tonces sí que hay que armarse de mas paciencia que el santo Job y de una buena tranca por si se concluye aquella. Y es lástima, mire V., que ese pobre muchacho se pierda tan inocentemente. D. Juan el de aquí al lado, que es un hombre muy formal y de muchas letras, dice que el señorito Cárlos tiene chispa, cosa que yo no niego, sobre todo, algunas veces que le veo llegar de la «Noble Habana.» Yo le doy muchos consejos; pero él.... nada, erre que erre, dále con las modistas y vuelta con las que no lo son; y así pasa su vida con mas historias que las que cuentan las novelas. Le tengo profetizado que ha de tener *un fin trágico* pero él dice que estoy viendo visiones. En eso no se engaña, porque á veces las veo mas claras de lo que yo quisiera. En fin, concluyamos la obligacion que es lo que interesa. (*Se pone á sacudir los muebles y entra en la escena D. Antolin, sin quitarse el sombrero, ni hablar con Silvestre; se dirige á la vidriera y figura mirar á través de ellà, despues se dirige á la puerta del gabinete y hace lo mismo: Silvestre se le queda mirando y hace demostracion de admiracion y disgusto, al ver queD. Antolin, no le hace caso.*)

ESCENA II.

D. Antolin y Silvestre.

Silv. ¡Hombre! Pues me gusta la franqueza. Hum..... Hum.... (*Tose exageradamente.*) Nada, ni por esas, y el amigo, parece que es corto de genio: se pasea cómo si estuviera en el Parque de Isabel la Católica!..... Si se habrá figurado que yo soy el Neptunito; pues creo que no me parezco á él; yo ni soy chiquitin ni feito, ni la escoba se asemeja en nada á lo que aquel señor tiene en la mano. Yo le haré que repare..... Hum..... hum..... (*Vuelve á toser, y al mismo tiempo dá un golpe con el palo de la escoba en tierra, quedando muy plantado al frente, como un hombre que se da importancia.*)

D. ANT. ¡Calla! Hay aquí un hombre..... Indaguemos. (*Al decir esto, le dirige los lentes, que tambien antes ha usado para mirar á todas partes.*) (*A Silvestre.*) ¿Me dá V. razon de quién es el portero de esta casa?

SILV. (*Con tono fátuo y sin mirar.*) Servidor de V.

D. ANT. Me alegro, así podrá V. dárme razon, de quién es el Administrador?

SILV. Servidor de V.

D. ANT. (*Enfadado.*) Bien, pero..... ¿el dueño?

SILV. (*Con voz mas fuerte.*) Servidor de V.

D. ANT. Hé aquí un portero *sui géneris.*

SILV. (*Haciendo un gesto.*) (Sui..... qué?) (Este anda buscando que le rompa el hueso palomo.) Oiga V., si viene buscando á D. Cárlos, no está en casa, y si él le debe á V. dinero, yo soy un tranquilo propietario, que no debo nada á nadie y que tampoco aguanto motes de nadie. Conque hemos concluido, y..... nada mas.

D. ANT. Venga V. acá, buen hombre. ¿Cuánta barbaridad está V. echando por esa boca? Yo ni vengo á pedir dinero á nadie, ni conozco al D. Cárlos de que V. habla.

SILV. ¡Cómo! ¿No es V. acreedor de D. Cárlos? (Pues no hay muchos que puedan decir otro tanto.) Entonces podré saber lo que V. queria?

D. ANT. Queria saber si vive aquí Dª Bárbara Cogolludo.

SILV. ¡Ah! ¿La señora que ha venido hoy?

D. ANT. Justamente.

SILV. Sí señor, ahí vive con otra señorita; pero..... (*Mirándole de alto á bajo*)..... ahora no recibe.

D. ANT. No le pregunto yo á V. eso; lo que quiero es que me alquile V. esta habitacion.

SILV. Imposible, señor, imposible.

D. ANT. La pagaria bien.....

SILV. Nada, imposible, de todo punto imposible, ¡pues no faltaba mas! (*variando de tono*) ¿Y cuánto me daria V. por ella?

D. ANT. Hombre..... V. dirá.

SILV. ¿Sí? (Pues espérate un poco.) Poca cosa, seis onzas al mes, y adelantadas.

D. ANT. ¡Canastos!

SILV. Pues es la mitad de lo que pagaba el otro inquilino..... (en dos años.)

D. ANT. Bueno, las pagaré.

SILV. ¿Y cuándo piensa V. mudarse?

D. ANT. Nunca.

SILV. Pues, entonces ¿en qué quedamos?

D. ANT. Hombre, yo soy el procurador de Dª Bárbara, (*Silvestre hace un gesto exagerado*) y para ajustar nuestras cuentas.....

SILV. ¡Ah!..... Conque V. es el que ajusta las cuentas á Dª Bárbara? (Buen pájaro serás tú.)

D. ANT. Naturalmente, soy su procurador.....

SILV. ¡Ya..... es..... su..... (si lo sé, le pido doce onzas.)

D. ANT. Conque, ¿cómo es su gracia?

SILV. Silvestre Mostrenco y Bodoque, para servir á V.

D. ANT. Pues bien, señor Mostrenco (no creo que reniegas de tu apellido,) necesito empezar desde este instante á trabajar.

SILV. ¡Vaya!..... (*Con intencion*) pues que V. disfrute..... la habitacion.

(*Silvestre se dirige hácia la puerta; pero antes de llegar á ella, dá una vuelta rápida y vuelve al proscenio*).

D. ANT. ¡Gracias á Dios que me ha dejado este hombre!

SILV. Señor procurador.

D. ANT. (*Incómodo*). ¿Qué sucede?

SILV. Aquí vivia antes un jóven, que todavía no ha venido por estos trastos.

D. ANT. Bueno, hombre, no tocaré nada.

SILV. Es un muchacho muy calavera, (*D. Antolin hace gestos de impaciencia*) figúrese V. que yo (*Siguiendo á D. Antolin que se pasea agitado*) siempre le estaba dando consejos, y V. ha de ver como tiene *un fin trágico.*

D. ANT. Hombre, y á mí, qué me cuenta V?

SILV. (*Se pone la gorra con presteza y echa á correr hácia la puerta, al llegar á ella, vuelve hasta donde está D. Antolin.*) ¡Ah! señor Procurador, procure V. por Dios, que

no se pierda ningun papel, porque..... tiene un genio que es capaz de armar un alboroto.

D. ANT. ¡Por María Santísima, ¿quiére V. dejarme en paz?

SILV. Ya me voy. (Se conoce que no tiene bien arregladas las cuentas. (*Echa á correr y desaparece.*)

ESCENA III.

DON ANTOLIN, despues Dª BÁRBARA.

D. ANT. Esta casa es una calamidad; despues de hacerle á uno pagar ciento dos pesos por este chiribitil, todavia hay que bregar con un mocito que es capaz de marear á la estátua de Colon; pero, en fin, suframos todo esto y mucho mas que venga, porque á mi señora esposa le gusta el sitio solitario, con tal de guardar el secreto de nuestro casamiento. (*Entra Dª Bárbara, cuyo traje y aire ha de ser impertinente y presuntuoso.*)

D. ANT. (*Saliendo á su encuentro*). Señora, buenas tardes, gracias á Dios que tengo el gustó.....

BARB. (*Mirando á todos lados.*) Calle V., caballero, no nos vayamos á comprometer.

D. ANT. Pero hija, no ves que aquí.....

BARB. (*Muy asustada y severa*). Silencio, caballero, aun no le he apeado á V. el tratamiento, las paredes oyen, y pueden por esta confianza conjeturar nuestro.....

D. ANT. ¿Quién, las paredes?

BARB. La gente, señor mio, la gente, (*D. Antolin, mira asustado á todas partes como buscando á álguien*) que siempre emplea su tiempo, en hollar la reputacion de la débil y virtuosa mujer. ¡Qué diria la sociedad, si supiese que antes de cumplirse el año de luto por mi difunto marido habia contraido segundas nupcias? Diria, naturalmente, que yo habia olvidado á aquel querubin sin alas que Dios me proporcionó para que me protegiese y adorase; ¡ay! si viera V. qué complaciente era! No vaya V. á creer que porque me casé al mes y medio de su muerte le he olvidado.

D. ANT. ¡Señora! pues si le llega V. á olvidar se casa á los primeros síntomas de su enfermedad.

BARB. Por eso estoy yo tan intranquila, tan pesarosa.

D. ANT. Muchas gracias. (*Con sequedad*).

BARB. Hoy, cuando dormia la siesta, he tenido un sueño terrible, terrible; he soñado que me hallaba en un jardin, vestida de blanco y con las trenzas colgando y un libro en la mano, en fin, como la Margarita de Fausto; y que V. se hallaba tendido á mis piés, tejiendo una corona de mirto y azucena.

D. ANT. ¡Hombre! ¡hombre!

BARB. (*Con tono lúgubre*) De pronto, por entre la selva umbría, veo aparecer y adelantarse á mi marido.....

D. ANT. ¿Cómo?

BARB. Sí; á mi marido seguido de dos horribles sátiros y al llegar á nuestro lado levantar una tranca formidable y empezar á dar a V. de palos; en vano yo les rogaba, les pedia clemencia..... nada ..... figúrese V. el dolor que yo estaria sufriendo.

D. ANT. No, en todo caso, quien sufriria el dolor seria yo; pero en fin, ya que afortunadamente no tenemos ni uno ni otro, rota ninguna costilla, dígame V. con franqueza: ¿Ha confiado V. ya á su sobrina, el lazo que nos une?

BARB. ¡Qué he de confiar! A nadie, absolutamente a nadie.

D. ANT. Pues, señora, no parece sino que se ha casado V. con el verdugo.

BARB. Y á propósito de mi sobrina ¿no se ha informado V. aun donde para el hijo de Moraleda? Ya sabe V. que tenemos acordado se case con él y no quiero pierda tiempo: en Matanzas la seguia mucho un jóven, y esos amorcillos si toman incremento suelen ser funestos. En fin, despues hablaremos de eso, lo que importa ahora es que nos mande V. traer la comida, y en la mesa le presentaré á V. á mi sobrina; pero cuidado con que conozca otra cosa, sino que es V. mi procurador ¿estamos?

D. ANT. Corriente, me parece bien lo de la comida, y voy á llamar á mi criado, que se ha quedado ahí fuera. (*Toca*

un timbre y aparece un criado.) ¿Hay alguna fonda cerca de aquí?

CRIADO. Sí señor, la de los Gansos de cobre, segun me ha dicho el portero.

D. ANT. Sí, el portero no es estraño que sea afecto á la fonda de los Gansos: pues manda traer una comida buena para las señoritas y para mí; toma, (*Saca dinero de una bolsa de viaje que lleva colgada*) puedes dejarla pagada.

BARB. ¿Así lleva V. mi dinero á granel para que se pierda?

D. ANT. No tenga V. cuidado, y para mayor seguridad, voy á dejarle en un cajon de este secreter (*Lo pone dentro.*) ¡calla! y aquí hay un manuscrito. (*Lo coge y lee*) «Ciceron» tragedia Melomo-dramático-histórico-filosofal en diez actos, cuarenta y dos cuadros, prólogo y epílogo! Pues señor, esta es una obra bárbara. (*Dª Bárbara que ha estado mirando unos libros que hay encima de la mesa, al oir su nombre se pone de pié y vuelve la cabeza.*)

BARB. ¿Qué decia V?

D. ANT. Nada, que he hallado aquí una tragedia espantosa.

BARB. Sí; ocúpese V. en leer tragedias y ténganos V. entretenidas en sostener con nuestro estómago, una descomunal.

D. ANT. Voy en seguida; pero antes de marcharme déjeme V. estrechar esa manita de cera.

BARB. ¡Cá¡ no señor, se puede derretir, y ya vé V.....

D. ANT. Bueno, bueno, y bueno, (Qué amable es mi mujer, si no fuera porque veo ese palmito tan mono, me creeria casado con un dragon de caballeria. (*Se vá.*)

ESCENA IV.

Dª BÁRBARA.

BARB. ¡Cuánto me ama! por supuesto, que, cuándo habia él de pensar siquiera que á su edad, iba á encontrar una mujer de mis condiciones; elegante, sentimental y con una cara que, de seguro, envidiarán algunas pollitas,

y sino, vamos á consultarlo con mi fiel é inseparable amigo. (*Se dirige á un espejo*) Muy bien..... decididamente, el amigo Martinó es una especialidad en peinados de Señora ..... en cuanto á ciertas señales que el tiempo va marcando en el semblante, mal que les pese, tienen que tocar retirada, gracias á los excelentes resultados de la pomada de Antoñito Rodriguez. Estoy ya considerándome una segunda edicion de la Madama de Wuthemberg que nos refiere este Señor en el prospecto de su pomada regeneradora.

ESCENA V.

MERCEDES, BÁRBARA.

MERC. (*Saliendo de su habitacion.*) ¡Jesus! Tia, gracias á Dios que la veo á V., me daba ya miedo estar tanto tiempo sola.

BARB. ¡Miedo! ¿de qué?

MERC. Del aburrimiento que me causa este sitio. (*Suspirando*) ¡Estaba tan bien en Matanzas!

BARB. ¿En Matanzas, eh? Ya lo creo, como que allí hacia V. lo que le daba la gana, aconsejada sin duda por aquel danzantin que habia sustituido su categoria de letrado, por la de paje. Pero no tengas cuidado, que ya sabre decirle quien soy yo.

MERC. Si él ya lo sabe.....

BARB. ¡Hola! Ya le habrás puesto en pormenores.

MERC. No, tia, pero una noche.....

BARB. ¡Cómo una noche!

MERC. ¡Ay! No se incomode V.

BARB. Vamos, acaba. ¿Qué pasó una noche?

MERC. Nada, que fuí á casa de las niñas de D. Prudencio y estaba allí él, y como sus intenciones conmigo son muy buenas, como V. puede comprender, trató de averiguar, naturalmente, quién era V.

BARB. Cuando digo que el cargo de mamá, es para freir la sangre á un novillo, y mucho mas siendo como yo, así, tan jóven..... no tengas cuidado: yo cortaré de raíz esos abusos. Antes de un mes, has de estar casada.

MERC. Si, tia, por Dios, corte V. aunque sea dentro de quince dias.

BARB. Pero no con quien á tí te dé la gana.

MERC. (¡Ay Dios mio! Candidato forzoso, malo, malo.) ¿Pues con quién, tia mia?

BARB. Con un jurisconsulto distinguido. En fin, tiempo tendremos de tratar esa cuestion; ahora lo que interesa es que conozcas á mi procurador. Luego vendrá á comer con nosotras. Es una persona muy digna y deseo, naturalmente, que le complazcas en cuanto te pida.

MERC. Tanto podrá ser, que me vea precisada á desobedecerla.

BARB. Nada, nada, lo dicho: es el encargado del pleito que te hablé, y debemos estarle agradecidas. (*entra en su cuarto.*)

ESCENA VI.

MERCEDES. (*Sola.*)

MERC. ¡Pues señor, malísimo va el negocio! Digo, un abogado y un procurador: no tardarán en salir por ahí un escribano y un alguacil, y la causa se falla en contra mia. ¡Ay Dios todo poderoso! ¿por qué no estará esta plaza en estado de sitio, para que me juzgáran por lo militar? (*Se vá.*)

ESCENA VII.

CARLOS. (*Solo.*)

CARL. (*En traje de viaje se presenta en escena por la puerta falsa, reconoce la habitacion, como con algun recelo y des-*

pues de ver que no hay nadie, se adelanta hasta el proscenio con aire decidido.)

Bravo, bravísimo, ¡já! ¡já! ¡já!

Qué chasco y qué planton se va á llevar el mocito. Figúrese V. un usurero, es decir, hablando en plata, un pillo, que porque le debo..... pts..... unas cuantas onzas, no me deja vivir. ¡Esto es atroz! Como si el valor de todo el oro del mundo fuera razon bastante para destruir la tranquilidad de un mortal que no se mete con nadie. Abajo está pegado como una oblea al quicio de la puerta, desesperándose y desesperando tambien al pobre Silvestre, que vé con dolor desaparecer la pintura de su portal, para agregarse á la levita de D. Samuel. Pero en fin, demos gracias, que él no contaba con esta puerta falsa, cuya escalera da á la otra calle, y tendrá que esperar, mal que le pese, hasta el dia de juicio por la tarde. Hombre, varias veces he pensado yo así en mis ratos de desesperacion si el cuadro imponente de ese dia, será suficiente para aterrar esa legion de bárbaros ingleses. (*Se sienta en un sillon como un hombre que se halla muy cansado*) Pues señor, héme ya de regreso de mi famosa espedicion; bien lo he pasado, bien; mantenido y obsequiado y sin habérseme ofrecido gastar nada; es verdad que aunque se me hubiera ofrecido, hubiera sido lo mismo, porque carecia de los indispensables recursos para ello, pero en cambio, traigo el alma partida en dos pedazos, y sin uno de estos, que presté á una muchacha de dorados cabellos, de sonrosada tez y garzos ojos: ¿Y dónde encontraré yo ahora á mi bella sílfide? Echese V. á buscarla en esta Habana, donde se pierde hasta el mas perdido! Y no hay remedio, la encontraré aunque su arisca tia la haya escondido en el centro de la tierra. (*Al decir esto dá con la mano en el velador y la pone sobre una carta cerrada, que hay en él.*) ¡Calla! ¡una carta de mi familia! Oh felicidad! ¡oh sublime misiva! Y es de mi querido primo y tutor, que indudablemente me remitirá el dinero que le pedia en una de mis anterio-

res; á ver..... (*la examina atentamente.*) No, pues lo que es por el peso, no se conoce mucho. (*La abre y empieza á leer.*) «Empiezo por decirte que no te mando el dinero»..... (*hablado.*) ¡Adios mi dinero; pues tiene gracia el empiezo! Me parece que de este modo acabaremos mal. (*Sigue leyendo*) «No te envio el dinero, por que se me ha ocurrido que para cuando lo habias de recibir ya no te haria falta»..... (*hablado.*) Hombre, mire V. qué ocurrencias tiene el dichoso primito. (*Sigue leyendo.*) «En razon á que en esa poblacion, ya se sabe lo fácil que es proporcionarse recursos.» (*Hablado.*) Sí, la gente de allende el charco se figura que aquí atamos los perros con longaniza. (*Sigue leyendo.*) «Ya veo que habias abierto tu bufete, y empezado á hacer negocios.» (*Hablado.*) Sí, negocios..... de crédito. (*Recorre la carta con la vista.*) ¡Huy!..... qué seccion de consejos y de máximas. Cuanto tiempo habrá empleado el pobre hombre en escribir todo esto! A ver, primera postdata. Hombre, las postdatas me interesan. Veamos. (*Lee.*) « He escrito á una señora amiga mia, residente en esa, « porque quiere que seas su defensor en un pleito que « vá á entablar; aun cuando esto te obligará á viajar « algo es cosa que te conviene.» (*Hablado.*) ¡Un demonio, me conviene! Ahora que acaba de llegar mi novia! ¡Cuidado que mi primo tiene unas oportunidades! A ver la otra postdata; será por el estilo de la primera. (*Lee.*) « Dime si es cierto, lo que aquí me han contado, de que « en el mes pasado hizo en esa tanto calor, que los hom- « bres andaban por la calle en calzoncillos blancos. (*Hablado.*) ¡Hombre, primo de mis pecados, ¿quiéres no ser salvaje? ¡Cuando digo que están viendo visiones! Pues señor, el resultado es, que no me envian una peseta, y yo tampoco la tengo; pero en cambio, lo que tengo es una gazuza que vale por dos. ¡Ay amor!.... qué sacrificios tan sublimes inspiras; yo estaba en casa de mi amigo perfectamente y todo lo he dejado por correr en pós de la estrella de mis pensamientos..... ¡Ay!

(*Abriendo la boca.*) Hombre; de qué buena gana me comeria un bistek doble á la española, con papas fritas! Y ahora que me acuerdo; ahí tengo mi portentosa tragedia «Ciceron» si me dieran algo por ella..... ¡Oh, sublime Ciceron, tú alimentas mi esperanza!..... tú..... Sí, pero mi estómago..... ¿quién lo alimenta? (*Por la puerta de entrada se presenta un mozo con un portaviandas y una cesta con servilletas y botellas.*)

ESCENA VIII.

DICHO, SAMUEL Y DOS MUCHACHOS.

MOZO. Aquí está la comida.

CARL. ¿Cómo? ¿Qué es eso?

MOZO. La comida que han encargado para este cuarto, á la fonda de los «Gansos de cobre.» ¿No es V?

CARL. Nó, el ganso lo serás tú.

MOZO. El amo, digo.....

CARL. Ah, ¿el amo? es claro. (Pero señor, esto es asombroso.) Ven acá, jóven doméstico; ¿tú estás seguro de que esta comida es para el inquilino de esta habitacion?

MOZO. Ya lo creo; como que aquí estan las señas, y ya la han pagado.

CARL. ¡Ah! Sí hombre, aquí es, naturalmente.

MOZO. Con permiso de V.....

CARL. Adios, buen mozo. Pues señor, cuando á San Pablo el ermitaño le bajaba un cuervo, de no se sabe donde, el cuotidiano pan, dicen que el santo no decia nada y se lo comia, por consiguiente, como nosotros debemos imitar á los santos, comeré lo que de la fonda de los Gansos me ha traido ese idem y no diré tampoco nada. (*Empieza á destapar los platos y se pone á comer.*) Veamos las entradas. Lengua frita, á la inglesa, así quisiera yo ver la de todos mis ingleses; y á propósito. ¿Qué se habrá hecho de aquel bribon que me esperaba en el portal? Se habrá cansado y se habrá ido. (*En ese momento aparece*

en la puerta D. Samuel, seguido de dos muchachos se adelanta hácia D. Cárlos, y le dá una palmada en el hombro.)

D. SAM. Caballerito, gracias á Dios que le hallamos á V. en casa.

CARL. (Maldita sea tu casta.)

D. SAM. Creo que ya será hora de satisfacer aquella cuentecita con mas las que me siguen. (*Señalando á los otros*).

CARL. Caballeros, poco á poco; tomen Vds. asiento, y déjenme concluir esta operacion, que, como Vds. ven, es perentoria é interesante: tomen asiento repito, y beban una copita, si les place.

D. SAM. Hombre, mire V. que es preciso tener calma con V.; despues de hacernos esperar tres horas á la intemperie, quiere V. que nos achicharremos otras tres en este chiribitil.

CARL. (¡Ah! sublime inspiracion, aquí de mi tragedia.) Hombre, D. Samuel, V. que es aficionado á las letras, hágame V. el favor de abrir aquel secreter y encontrará una obrita que puedo ofrecer á V. en pago. Es una gran cosa. Una mina con casi ya descubierto el filon!

D. SAM. Veamos. (*Se dirige al secreter y empieza á revolver papeles, hasta que encuentra la bolsa que dejó allí D. Antolin.*) ¡Oro! ¡Oro!

CARL. Claro está, oro contante y sonante es la tal obra, y mucho mas para Vds. que tienen tantas relaciones. Lo menos que vale, son cien onzas.

D. SAM. No, no vale tanto; pero me la llevo. Nada, caballeros, (*Dirigiéndose á los otros dos.*) vamos á casa, y pueden Vds. entregar los recibos al señor D. Cárlos. Yo pago todo eso. (*Todos entregan los recibos.*)

CARL. (Parece que mis poesias los entretienen.) ¡Oh! Musas, vosotras solas, domesticais las fieras.

D. SAM. Señor D. Cárlos, nosotros sentimos mucho haber incomodado á V. tantas veces; pero cuente V. conmigo para cuanto guste.

UN MUCH. Y conmigo.

OTRO. Y conmigo.

CARL. ¡Ah, señor D. Samuel! De cuánto me ha valido que sepa V. amar la literatura.

D. SAM. ¿Pero á qué llama V. literatura?

CARL. Quiero decir, que sabe V. apreciar en lo que vale, ese tesoro.

D. SAM. Ya lo creo, en siendo buenas las piezas.

CARL. ¡Ah! las piezas son excelentes; ya lo verá V.

D. SAM. Pues señor mio, repetimos á V. lo dicho, siempre para servirle en todo.

CARL. No echaré en olvido sus galantes ofrecimientos. (*A D. Samuel.*) Pasaré por su casa á darle que ganar algunos réditos y entre tanto, si V. gusta mandarme luego una comida de seis cubiertos, se la agradeceré. (Así, como así, me he quedado casi sin comer y celebraré luego con mis amigos esta famosa ventura.)

D. SAM. Mandaré la comida y cuanto V. disponga.

CARL. Abur, señores, y muchas gracias.

TODOS. Servidor de V.

ESCENA IX.

CÁRLOS, despues SILVESTRE.

CARL. Pues señor, hoy es un gran dia. ¿Quién habia de decirme que iba á recibir una série tan continuada de impresiones. ¡Oh, Ciceron, contempla á esos noveles Catílinas anonadados á tu aspecto! Mucho me alegro haber descubierto en mis ingleses, esa aficion tan decidida por la literatura: mañana les pido cuarenta onzas y en seguida concluyo mi Demósthenes. (*Entra Silvestre y al ver á D. Cárlos retrocede asustado.*)

SILV. ¡Cómo! ¿V. por aquí? (Se cayó la casa á cuestas.)

CARL. Hola, famoso portero. ¿Dónde estaba V. metido que he encontrado la llave puesta y el cuarto á disposicion de quien quisiera entrar?

SILV. Estaba en la bodega de ahí al lado tomando un refres-

co de zarzaparrilla con ginebra, no hay mejor remedio para la.....

CARL. Hidrofobia.....

SILV. Si señor, eso es. (¿Y quién le dice ahora.....?)

CARL. Bueno; bueno, pues déjeme V., que tengo muchísimo que hacer.

SILV. El caso es, que.... como V. es tan aficionado á viajar....

CARL. Vamos, acabe V., hombre; ¿qué es lo que quiere V. decir?

SILV. Nada, nada, no se incomode V. (Vamos, no me atrevo, pero, yo te apuraré por otro lado.) Decia, señor D. Cárlos, que como ayer se cumplió el alquiler de la habitacion.....

CARL. ¿Ahora salimos con eso? Pues amigo mio, me mudo, pero mientras tanto, guárdese V. de penetrar en este aposento que es mio, me pertenece, ¿lo entiende V?

SILV. D. Cárlos, por Dios, no se incomode V. y hable mas bajo que lo van á oir.

CARL. ¿Quién lo va á oir?

SILV. Esas señoras que han tomado el cuarto de al lado, y por cierto que la de mas edad debe conocer á V. porque me preguntó si V. vivia aquí y yo la dige.....

CARL. (*Incómodo.*) ¿La dijo V. que no?

SILV. ¡Cá! no señor, la dije que sí.

CARL. ¿Que sí? Pues, muy mal hecho, porque esa debe ser la señora que mi primo me recomienda para que la defienda en un pleito, en fin, hablando de otra cosa: le participo que esta noche van á venir á cenar conmigo tres amigos.

SILV. (*Muy apurado.*) ¿Cómo? ¿aquí? (Válganme San Sisebuto y San Pancracio.)

CARL. Conque ya sabe V., fuera de estos, no estoy en casa.

SILV. Una oreja daria, porque fuese cierto. (*Se vá.*)

ESCENA X.

CÁRLOS. (*Solo.*)

CARL. ¿Quiénes serán esas señoras? Indudablemente son las

recomendadas de mi primo. Buen negocio van á hacer, si se amparan á mi defensa. Una vez tan solo, me he presentado en los tribunales, en dos años y medio que soy abogado, y por cierto, á defender á un pobre hombre, que en muchas cosas tenia razon, y yo las espuse, eso sí, mi brillante discurso sirvió en efecto, para que le llevasen al patíbulo, dos meses antes de lo que debia; de modo, que figúrense Vds. si le serví, evitándole que pasára los sufrimientos de la incertidumbre. Conozcamos á las nuevas clientes. (*Se dirige hácia el gabinete, al propio tiempo que sale Mercedes, y al ver á Cárlos retrocede asustada.*)

ESCENA XI.

CÁRLOS, MERCEDES.

CARL. (Cielos! mi bella desconocida de Matanzas!) ¿Cómo, señorita, es V. quien habita el gabinete en compañia de su tia?

MERC. (*Con los ojos bajos*) Sí señor; (*Con viveza.*) ¿y V. es, sin duda, el procurador de mi tia?

CARL. (Esta ya me hace procurador, para las mujeres todos los cargos son iguales.) Sí, señorita, yo soy sin duda la persona que busca su tia de V.

MERC. (*Con sencillez*) ¡Cuánto me alegro!

CARL. ¿De veras, hija mia? (Cuando le digo á V. que hoy he sufrido una metamórfosis; todo me sale bien.)

MERC. Si viera V. cuántos elogios me ha hecho de V!

CARL. ¿Sí? (¡Ah! pues entonces no me conoce.)

MERC. En fin, me ha recomendado que le trate á V. como á la persona de mas confianza en la casa.

CARL. (¡Ay! ¡Qué tia tan sublime!) Y diga V., señorita. ¿Usted piensa obedecer con gusto las órdenes de su tia?

MERC. Yo siempre obedezco con gusto, lo que mi tia me ordena.

CARL. Y si yo la dijera á V. que la adoro desde que la ví en

Matanzas, que sueño solo con V., que vivo para V., y que todo lo haré por V?

MERC. Entonces, veríamos....

CARL. Bendita sea su boca de V. (Pero, ahora que recuerdo, el gran golpe estando en esta casa, es convidar á cenar á estas señoras. ¡Digo, y hoy que me fía el fondista! ¡Soberbia idea! Sí, pero y esos troneras que van á venir..... hay que dar contra-órden; aun es tiempo.) Señorita, á su lado de V. siento una alegria tan grande... tan..... pero tengo indispensablemente que salir, y espero que su escesiva amabilidad me concederá algunos minutos. (*Le dá la mano.*)

MERC. Bien, pero no tarde V. mucho porque mi tia desea verlo.

CARL. Volando, señorita, volando. (*Al marcharse.*) ¡Oh! primo celestial, gracias á Dios, que has estado una vez oportuno. (*Se vá.*)

ESCENA XII.

MERCEDES, despues Dª BÁRBARA.

MERC. ¡Ay Dios! ¿qué le habrá ocurrido tan repentinamente?... Y no es feo; pero me parece así como atolondrado.

BARB. ¿Y ese caballero que te mandé á avisar?

MERC. Acaba de salir.

BARB. ¿Cómo? ¿Sin entrar á verme?

MERC. Sí, es raro, pero yo creo que tiene la cabeza así..... un poco.....

BARB. ¿Qué tienes tú tambien que decir de su cabeza, bachillera?

MERC. Yo, nada, tia, pero como estaba hablando conmigo, (*Con espresion,*) muy bien, y de pronto se despide con tanta precipitacion.....

BARB. Algun encargo mio que habria dejado sin hacer, y el pobre, como es tan diligente.. ..... y..... ¿qué te ha parecido?

MERC. ¡Ay tia! me ha parecido mas amable, y mas galante que nunca.

BARB. ¿Cómo mas amable que nunca? ¿pues tenias tú ya, pruebas anteriores de su amabilidad?

MERC. Sí, tiita..... si yo me atreviese á decir á V. que es .....

BARB. ¡Ay, Dios mio! A mí me vá á dar algo. (*Poniéndose la mano sobre el corazon.*) Hable V. señorita, hable V. que ya escucho.

MERC. (*Afligida.*) Pero, ¿por qué se incomoda V. tanto? No vaya V. á creer que esta es una inclinacion fea, él me ha dicho que era encantadora, que me amaba, que soñaba conmigo.

BARB. ¿Que te amaba? ¿Que soñaba contigo? (*Aparte con rabia.*) ¡Ah! Sr. D. Antolin..... (*Subiendo la voz.*) ¡Ah, Sr. D. Antolin!.....) (*Alto*) Pero, ¿cómo es posible, si apenas te conoce?

MERC. Vaya, si me conoce, pues si es el.....

BARB. (*Con afan.*) ¿Cómo el?.....

MERC. El que le conté á V. que en Matanzas.....

BARB. (*Aparte con rabia.*) Vea V. por qué el infame iba tan á menudo y de incógnito (*Alto con acento de ira.*) ¿allí es donde empezó él á hacer el *oso*, hija mia?

MERC. (*Bajando los ojos.*) Pues, cuando V. no miraba.

BARB. ¿Cuando yo no miraba, eh? (Sr. D. Antolin, es V. un solemnísimo bribon.) Déjame sola.

MERC. ¿Pero tia, qué tiene V?

BARB. Déjame sola, te he dicho.

MERC. Ya me voy. (*Se vá.*)

ESCENA XIII.

Dª BÁRBARA, despues D. SAMUEL.

BARB. Pero, señor, ¿es posible? (*Se pasea con aire impaciente.*) El Sr. D. Antolin de la Peña, una persona tan respetable por todos conceptos, un miembro del Ayuntamiento..... y por quien yo hubiera puesto las manos en el

fuego..... vamos, los hombres son mas malos que los cocodrilos. Son como las Sirenas; atraen con sus amorosos cantos, y una vez en sus redes, nos aniquilan, nos matan, nos pulverizan..... Sí señor, nos pulverizan..... pero, cá..... mi marido..... es imposible..... (*Entra D. Samuel y los mozos con la comida.*)

D. SAM. Señora, con permiso de V. (Hola, novedades tenemos.) Creo que en ausencia del dueño de esta habitacion es V. quien..... (canastos, y qué mal gusto tiene D. Cárlos.)

BARB. Sí señor, (*Con mal tono*) acabe V. ¿qué se le ofrece?

D. SAM. Traíamos la comida que mandó el Señorito. (*A los mozos*) Poned la mesa y despachaos. Aquí están los seis cubiertos. Encargó tres mas para unos amigos á quienes pensaba convidar.

BARB. ¿Tres amigos? (Pero, señor, este hombre es un caiman.) ¿Está V. bien seguro?

D. SAM. ¡Toma! como que el mismo D. Cárlos me lo ha encargado.

BARB. ¿D. Cárlos? D. Antolin ¿querrá V. decir?

D. SAM. ¿D. Antolin? Lo creo, el mes anterior se llamaba D. Críspulo; de modo que D. Cárlos ó D. Antolin, el nombre es lo de menos.

BARB. ¿Tambien esa? ¿Con que el mes anterior ocupaba este cuarto con nombre supuesto?

D. SAM. ¿El mes anterior? ¡Ya! ¡ya! hace mas de seis meses que le ocupa.

BARB. (¡Ay! á mí me vá á dar algo) y diga V. ¿Aquí recibia visitas?

D. SAM. ¡Huy! ¡ya lo creo!

BARB. (*Con ira.*) De Señoras?

D. SAM. Y preciosas; en esta casa se veia de todo; mujeres, hombres, timbas y acreedores por largo.

BARB. ¡Muy bien! ¿Y V. es?

D. SAM. Del comercio, Señora, tengo una fonda en la calle de la Picota que lleva por título «La Mosca azul» y presto algun dinero con garantias: á este Sr. le tengo suministrado algunos picos.

BARB. Hola! ¿tambien necesita á menudo?.....

D. SAM. ¿A menudo? Todos los dias; pero ahora es probable que se arregle con tan buena eleccion. (*Con aire adulador.*)

BARB. Muy bien, puede V. retirarse.

D. SAM. Con el permiso.....(*Hace una cortesia ridicula y se va.*)

ESCENA XIV.

BARBARA. (*Sola.*)

BARB. Ya no me cabe duda de que es un Adan mi Sr. marido. ¿Y qué va V. á hacer á un hombre así, sobre todo cuando le han plantado á una el inseparable yugo del matrimonìo? !Infeliz de mí! Yo que he preferido apencar con un carcamal de cincuenta y pico de años tan solo por disfrutar de esa dulce tranquilidad que ahora me arrebatan las noticias adquiridas de mi *angelito.* Para tener un bribon por esposo cuánto mas me valiera que tuviese 25 años, al menos..... Ahora mismo voy á contárselo todo á mi sobrina y es fácil, amigo D. Antolin, que entre las dos satisfagamos la vindicta mia. (*Coge la palmatoria y se vá: queda la escena á oscuras.*)

ESCENA XV.

(*Entra Cárlos, llevando de la mano á D. Antolin, el cual viene sin sombrero y con todo el traje en desórden.*)

CARL. No tema V. nada, caballero, no hay luz; pero conozco perfectamente el terreno.

D. ANT. Amigo, me ha prestado V. un singular servicio: me habia estraviado en estas malditas callejuelas, y si no es por V., ese par de pillos me quitan hasta la camisa.

CARL. ¡Ah! es una gran ventaja en este barrio. Aquí á las nueve ya se ha dormido todo el mundo, incluso los serenos, que naturalmente tienen los pobres que descansar de las fatigas del dia, y de vez en cuando, se aparece alguno de esos que ponen en práctica la doctrina de lo

«tuyo mio» sin que nadie les incomode en sus tareas moralistas.—Yo por esa parte, estoy bien: á mí nada me pueden quitar, pues nada poseo.

D. ANT. ¿Y puedo saber donde estoy?

CARL. En mi casa, señor mio, es decir, en la de V.

D. ANT. ¿Y á quién debo la honra?.....

CARL. A D. Cárlos Moraleda, abogado del Colegio de esta Capital.

D. ANT. ¡Diablos! lejitos tiene V. la Audiencia.

CARL. Me es igual, no voy nunca; pero ¿dónde habré dejado los fósforos?.....

D. ANT. No se dé V. prisa, voy á buscar una silla. (*Empieza á andar á tientas, tropieza con la mesa y pone la mano sobre un plato.*) ¡Canario! ¿Qué es esto? ¿un plato?

CARL. Hola! ya lo han preparado! Supongo que me hará V. el honor de acompañarme á comer.

D. ANT. Hombre, con mucho gusto. (A mí no me esperan.)

CARL. ¿Pero, señor, ¿dónde están los fósforos? Yo tambien tendré mucho gusto, contando con la aprobacion de unas damas, que han de acompañarme; ahí están en el gabinete, porque yo comprendo que un soltero.....

D. ANT. ¡Ah! entonces no, hombre; yo me llevaré hasta mañana su sombrero de V. y me voy en seguida.

CARL. Aquí estan los malditos. (*Enciende un fósforo y luego una vela.*) No, si yo estoy seguro de que esas señoras darán su permiso.

D. ANT. (*Mirando al rededor.*) ¿Qué es esto?

CARL. ¿Qué le sucede á V?

D. ANT. Nada, que me deslumbra la luz. (No me engaño.)

CARL. Hágame V. el obsequio de usar aquí de la misma franqueza que en su casa.

D. ANT. (*Mirándole atentamente.*) (Ya lo creo.) ¿Pero V. vive aquí, caballerito?

CARL. Si, señor.

D. ANT. ¿Y aquí es donde piensa V. pasar la noche?

CARL. Esas intenciones tengo, á no ser que pretenda V. que lo haga en el muelle de «Caballería» ¿Pero qué le ocurre á V?

D. ANT. Nada,..... la..... emocion. (*Llevdndose las manos á la cabeza.*) ¡Vírgen Santísima!.....

CARL. Eso no es nada..... tal vez un poco de debilidad, que cenando bien le desaparecerá naturalmente.

D. ANT. (*Azorado*). Diga V. ¿Y esas señoras?.....

CARL. Son personas muy buenas, me parece que le han de gustar.

D. ANT. Mucho, sí señor. (*Con ironía.*) ¿Y á V. le miran con buenos ojos, eh?

CARL. Pst..... Dejando á un lado la modestia, paréceme, amigo mio, que no las soy del todo indiferente; voy ahora mismo á ver si me dan su permiso. Si V. entre tanto quiere entrar en ese cuarto.....

D. ANT. Pues, señor, se armó la gorda. (*Entra en el cuarto; pero se queda oyendo detrás de la puerta.*)

ESCENA XVI.

CARLOS, MERCEDES, Y D. ANTOLIN. (*Dentro.*)

(*Mercedes entra, y Cárlos se dirige hacia ella.*)

CARL. ¿Puedo entrar ya, señorita, á ver á su tia de V?

MERC. (*Muy fria y severamente.*) Sí señor, no espera otra cosa.

CARL. Ese tono frio y solemne.....

MERC. Es el único que debo usar, caballero..... mi tia me ha encargado diga á V. que desearia fuese la cena en su mismo cuarto.

D. ANT. (*Desde dentro.*) Hum! ¡hum! (*Tosiendo.*)

CARL. Como guste, pero, hija mia, ¿no podré yo saber por qué es el cambio que noto en sus maneras? Yo que contaba con que tuviésemos una cena deliciosa, y que hasta iba á pedir á V. permiso para que nos acompañase un amigo.

MERC. Precisamente, mi tia no quiere ver á nadie mas que á V.

D. ANT. ¡Hum! ¡hum! (*Tosiendo.*)

MERC. Y pensaba decirle que despidiese á los tres amigos, que sabemos ha invitado V.

CARL. ¡Ah, caramba! ¿Seria eso, lo que habia incomodado á V?

MERC. No señor, no es eso; sé todo lo demás.

CARL. ¿Todo?

D. ANT. ¡Todo! (*Dentro.*)

MERC. Todo; hasta los lazos que la unen con V.

D. ANT. (*Dando una patada en el suelo.*) ¡Canarios!

CARL. ¿Qué lazos, ni qué nudos, señorita? Aquí hay algun enredo que es preciso descubrir.

D. ANT. (*Asomándose á la ventana.*) Caballero, caballero, ábrame V. la puerta.

CARL. En seguida, ahora salgo. (*Se dirige hácia el cuarto de Dª. Bárbara.*)

D. ANT. Abra V. por todos los santos, que me asfixio en esta ratonera.

CARL. Reviente V. en buen hora; pero déjeme en paz por un momento.

ESCENA XVII.

Dichos y Dª. BARBARA, D. SAMUEL Y SILVESTRE.

BARB. ¿Qué ruido es este?

D. ANT. Abridme, canallas, infames, ó temblad despues, la cólera del justo.

BARB. ¡Cielos! Mi marido!

D. ANT. Yo soy, mujer infame.

MERC. ¿Su marido? ¿Pues cuántos tiene V., tia?

CARL. Pero hombre, ¿qué le sucede á V?

D. ANT. Toma, que se está V. burlando de mí en mi misma casa.

CARL. Caballero, V. dispense, que esta es la mia.

D. ANT. (*Vá hacia Silvestre, le coge de una oreja y le trae al medio, Cárlos le coge la otra.*)

SILV. ¡Ay! ay! ay!

D. ANT. Hable V., viejo trapalon. ¿De quién es esta casa?

SILV. ¡Ay! ay! ay!

CARL. Yo le arrancaré las palabras. (*Haciendo ademan de tirarle mas fuerte.*)

SILV. Lo que yo creo es que me va V. á arrancar las orejas.

CARL. Pues, habla claro.

SILV. Hablaré, señores, hablaré aunque sea por los codos; pero, suéltenme Vds. por caridad.

D. ANT. Corriente. (*Soltándole.*)

SILV. Yo diré á Vds..... el cuarto era del Sr. (*Señalando á Cárlos.*)

D. ANT. (*Volviéndole á agarrar*) ¿Cómo?

SILV. Digo..... no..... del Sr. (*Señalando á D. Antolin.*)

CARL. Bribon (*Volviendo á cogerle.*)

SILV. Señores, el cuarto es de los dos. (*Compungido.*)

D. ANT. ¿Cómo de los dos?

SILV. Como el señorito Cárlos estaba en el campo, y V. me dijo que se marcharía pronto... cometí la indiscrecion de alquilarlo otra vez.

CARL. Está muy bien, señor bergante, no pagaré á V. un real de pupilaje.

SILV. Pst..... lo que es eso, me parece que hubiera sucedido de todos modos,

CARL. (*A D. Antolin.*) Caballero, comprendo el *quid pro quo* y V. se convencerá de la injusticia de sus sospechas (*señalando á Dª Bárbara.*) (*D. Antolin hace ademan de darse por satisfecho.*) (*Dirigiéndose á Dª Bárbara.*) Sra., ya que afortunadamente hemos logrado desenredar este lío, tengo que suplicar á V. me permita armar otro en el que yo salga ganando, ya que por desgracia, en este he venido haciendo el papel de víctima. Yo adoro á su sobrina de V., ella parece que me ama, y estoy dispuesto á casarme con ella, siempre que V. proteja mis proyectos. Me llamo Cárlos Moraleda, para servir á V.

BARB. ¿Cómo? ¿Cárlos Moraleda? ¿Es V. hijo del comerciante de Málaga que murió el año pasado?

CARL. El mismo.

MERC. ¿El que V. me decia esta mañana.....

D. ANT. Justo, el caballerito de quien V. queria informarse.

BARB. ¿D. Cárlos, no era el que V. me hablaba á propósito de no sé qué deudas.

CARL. ¿El Señor, se ha permitido calumniarme (*á D. Samuel.*) Diga V., orangutan, ¿No está V. contento, con el tesoro que le dí esta mañana en pago? (*A todos.*) Señores le mandé que cogiese de mi secreter una magnífica tragedia titulada «Ciceron.»

D. SAM. Y cogí en efecto, no tragedia, sino un paquete de onzas españolas que encontré; pero.....

D. ANT. ¡Caracoles! El dinero que yo guardé para mayor seguridad y que me pertenecia.....

BARB. No; á mí, si V. gusta.

CARL. No sabe V., señora, lo duro que es para mí este lance.

BARB. Y para mí mas caballero; pero no se lo perdono. (*A Mercedes.*) Te nombro á tí mi apoderada general.

D. ANT. Nada, vida nueva, y yo procuraré que tenga V. negocios.

CARL. Ahora no puedo menos de medrar en el foro, (*señalando el secreter.*) Ahí está «Ciceron,»)*Señalando á la alcoba*) allí «Demósthenes» y aquí (*Señalando á Mercedes*) el amor; mejores abogados dificulto que se encuentren.

SILV. ¡Se casa el pobre! Ya le tenia yo pronosticado que habia de acabar mal.

CARL. (*Al público.*)

La prediccion se ha cumplido
Señores, por arte mágico,
Al fin voy á ser..... marido;
No nos dén pues un silbido
Que ese **FIN** será mas **TRAGICO**.
Mas si amor es poderoso
Y contra él no vale nada,
Quedará por mentiroso
Si el final es tan dichoso
Que merezca una palmada.

FIN.

LIBRARY OF CONGRESS
0 022 015 776 3